MJ estudios

Un sacramento de iniciación cristiana. La dimensión mistagógica del sacramento

Bert Daelemans, SJ
Arquitecto y doctor en Teología. Profesor en Universidad Pontifica de Comillas (Madrid).

Síntesis del artículo

El autor plantea estas preguntas: ¿Qué aporta la celebración sacramental a los procesos de iniciación cristiana? ¿Qué es de verdad un sacramento de iniciación cristiana? ¿Qué falsos tópicos o imágenes habrá que desmontar sobre estos sacramentos? ¿Cómo celebrarlos con autenticidad y buenas prácticas? Para poder responder, recuerda cuatro intuiciones de la tradición patrística y medieval de la Iglesia que se plasman en cuatro dimensiones de la iniciación cristiana: las dimensiones estética, experiencial, extraordinario-festiva y comunitaria.

#PALABRAS CLAVE: Iniciación, Iglesia, catecumenado, experiencia, sacramento.

Abstract

The author asks these questions: What does the sacramental celebration contribute to the processes of Christian initiation? What is truly a sacrament of Christian initiation? What false topics or images will have to be dismantled on these sacraments? How to celebrate them with authenticity and good practices? In order to respond, he recalls four intuitions of the patristic and medieval tradition of the Church that are embodied in four dimensions of Christian initiation: the aesthetic, experiential, extraordinary-festive and community dimensions.

#KEYWORDS: Initiation, Church, catechumenate, experience, sacrament.

¿Qué aporta la celebración sacramental a los procesos de iniciación cristiana? ¿Qué es de verdad un sacramento de iniciación cristiana? ¿Qué falsos tópicos o imágenes habrá que desmontar sobre estos sacramentos? ¿Cómo celebrarlos con autenticidad y buenas prácticas? Para poder responder a esta serie de preguntas acerca de los sacramentos de la iniciación cristiana, quisiera rescatar *cuatro intuiciones sencillas pero fundamentales* de la rica tradición patrística y medieval de la Iglesia que de nuevo cobran gran actualidad a la luz de la situación que nos toca vivir.

Tradicionalmente se considera que son tres los *sacramentos de la iniciación cristiana*: bautismo, confirmación y eucaristía, de los cuales se celebra, de modo ahora habitual, la confirmación años después de recibir la primera comunión. Aquí, más bien, quisiera considerar estos tres sacramentos intrínsecamente unidos aunque se celebren de manera separada, y resaltar sobre todo la dimensión ini-

ciática o mistagógica –es decir, cómo introduce en el misterio– del propio sacramento, de todo sacramento, de la cual destaco sólo cuatro vertientes[1].

Introducción

La **primera intuición**, tomada de *Tertuliano*, considera el sacramento como el "ropaje de la fe". Es como una fe ampliada, ensanchada, expandida. La fe necesita ser celebrada para que esté viva. Lo que aporta el sacramento es una ampliación de la fe, no en el sentido de contenidos nuevos, sino en el sentido de una profundización, encarnación e interiorización. La fe sin sacramento se queda a medio camino, es desnuda y sumamente frágil. Podríamos decir que el sacramento hace descender (*kénosis*, encarnación) la fe de la cabeza al cuerpo, hace que la fe se asiente mejor en todas las fibras de la corporalidad. Podríamos decir que el sacramento vincula el transcendental de la verdad con el transcendental de la belleza, hace que la fe no se quede retenida en el solo ámbito de las ideas. Para que madure la fe –que es la intención de los procesos de iniciación cristiana– esta tiene que salir de aquel recinto: tal vez esto es de lo más urgente en la iniciación, hacer que la fe sea algo más que una lista de verdades a profesar.

Aquí hemos de profundizar en el sentido de lo que significa celebrar *in sacramento.* El sacramento inicia en una dimensión *estética* de vivir y celebrar la fe que no se encuentra de ningún modo fuera del ámbito de la liturgia. Sin esta dimensión se puede vivir, pero se privaría de una dimensión esencial de la vida, algo parecido al materialista que se niega a nutrir la dimensión espiritual de su vida: se queda corto; vive en un mundo reducido a sólo unas pocas dimensiones. O aquel que sólo vive como si fuera un cuerpo y una mente, sin nutrir su espíritu: también podría ampliar su vida de manera insospechada, simplemente desarrollando todas sus dimensiones. La tarea de la iniciación cristiana es acompañar en el proceso de la maduración espiritual, asegurarse de que ninguna de las dimensiones latentes se quede sin desarrollar: "Hoy en día, cuando los padres piden para sus hijos el bautismo, pocos son conscientes de que en realidad se están comprometiendo a iniciar un proceso que gradualmente habrá de llevar al niño o a la niña a la plenitud de la vida cristiana"[2]. No se trata en absoluto de dejar abierta la eventualidad de que "cuando crezcan, podrán tener su propia fe y ya verán si se quieren confirmar o no y participar o no de la Eucaristía"[3].

La **segunda intuición**, tomada de la tradición patrística de las *catequesis mistagógicas* después de celebrar el sacramento, como por ejemplo las de *San Cirilo de Jerusalén*, considera el sacramento como iniciático en la dimensión *experiencial* de la fe. Hay cosas que sólo se entienden una vez experimentadas. Es verdad que hay que cuidar el "antes" del sacramento, pero mucho más habrá que cuidar el "después". El sacramento no significa el final del viaje. Además, no se trata de unas preparaciones fragmentadas a la celebración de un sacramento de iniciación sino de un conjunto iniciático unitario, "un aprendizaje de toda la vida cristiana [...] que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo"[4].

La **tercera intuición**, tomada de *Santo Tomás*, se refiere a que el proceso del "crecimiento" humano tiene su propio sacramento:

---

1 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 1285. Véase la propuesta sugerente de **C. Aguilar Grande**, "Los sacramentos de iniciación cristiana. Algunas claves para plantear el debate sobre si instaurar o no el orden teológico de los sacramentos de iniciación", *Sal Terrae* 106 (2018): 893-906.

2 **Aguilar**, 896. Cf. "Sin la Confirmación y la Eucaristía, el sacramento del Bautismo es ciertamente válido y eficaz, pero la iniciación cristiana queda incompleta", *Catecismo* 1306.

3 **Aguilar**, 897.

4 **Congregación para el Clero**, *Directorio General para la Catequesis* (1997), 67.

el frágil proceso de la iniciación y de la maduración espiritual necesita también su celebración sacramental. Es decir, necesita toda nuestra atención y nuestro cuidado comunitarios. Esta intuición abre la dimensión del tiempo, entendido cristianamente siempre como *escatología* (abriendo el tiempo desde la clave del Reino futuro). En este sentido, un documento de la *Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis* entiende la iniciación cristiana como "extendida a lo largo de las diferentes etapas del crecimiento del bautizado"[5]. La meta de la iniciación cristiana es "madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita y operativa confesión de fe"[6] que se nutre constantemente de la fuente y del culmen que es la Eucaristía (cf. LG 11).

Finalmente, la iniciación es una cuestión de todos: es la **cuarta intuición**, tomada de la solidaridad eclesial patente en los primeros siglos. El sacramento inicia en la dimensión *eclesial* de la fe. Es una dimensión particularmente necesaria hoy, la de poner de nuevo en el centro a los catecúmenos a los que nosotros, *como comunidad*, iniciamos en nuestra fe común. Además, esta dimensión subraya que todos necesitamos seguir siendo iniciados en los misterios, por lo cual necesitaremos los sacramentos hasta el momento en que termine nuestra peregrinación por este mundo.

1 El sacramento inicia en la dimensión *estética* de la fe

1.1 *Entrar en un "mundo diferente"*

Pisar el umbral de una casa es pisar un mundo diferente, el mundo de una familia y de una vida familiar. Pisar el umbral de una iglesia es entrar en un mundo nuevo. En su libro *Psychothérapie de Dieu* (2017), el psiquiatra francés Boris Cyrulnik se pregunta por la cuestión de Dios a partir del testimonio de un niño soldado que observa que sólo en una iglesia se siente bien. ¿Qué misterioso "poder" hace que aquel espacio le infunda paz?

Se entra en la Iglesia por un sacramento. Antes de pisar la "puerta de la vida espiritual" que es el bautismo (DH 1314), uno no pertenece todavía a este mundo encantado y a esta familia espiritual. Uno se queda todavía mirando desde fuera, a lo mejor afectado o atraído por una misteriosa paz que dimana del espacio pisado. Puede visitar el templo, ciertamente, admirando sus vidrieras y sus estatuas, pero todavía lo hace desde la mirada distante del espectador, del visitante, del turista, del niño soldado, y no como peregrino o miembro de la familia. Sólo entonces las paredes también hablarán de "mí" y de "nosotros" y de lo que nos mueve incondicionalmente. Sólo entonces el edificio nos "edificará" y la liturgia celebrada nos "construirá" en el Cuerpo de Cristo:

> "*El que me come vivirá por mí* (Jn 6,57). Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio 'creído' y 'celebrado' contiene en sí un dinamismo que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente. [...] No es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que gracias a él acabamos por ser cambiados misteriosamente"[7].

Se entra en la Iglesia por un sacramento: el *sacramentum fidei*, el sacramento de la fe. Hoy en día usamos esta expresión en la euca-

[5] **Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis**, *La Catequesis de la Comunidad* (1983), 104, citado en **Aguilar**, 901.

[6] *Directorio General*, 82.

[7] **Benedicto XVI**, Exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis* (2007), 70.

ristía: el presbítero lo dice justo después de la consagración. Su variante es *mysterium fidei,* porque, desde antiguo, sacramento y misterio son sinónimos. El término griego para sacramento es *misterio*: es el mismo término para hablar de los misterios de la vida de Cristo y del misterio que es el mismo Cristo en las cartas de San Pablo, este *misterio escondido desde los siglos y ahora manifestado* (Col 1,26). Esta íntima vinculación entre los misterios "celebrados" en los sacramentos y "profesados" en el Credo, es decir, entre la liturgia y la fe, entre *lex orandi* y *lex credendi*, la hemos perdido. La fe se nutre celebrándola.

1.2 *Unión de martyria, leitourgia y diakonia*

El creyente debe mantener unidas tres dimensiones –en proporciones legítimamente variables según las etapas de la vida– para evitar que el Viviente, que ocupa el centro de su vida, se degrade en un objeto muerto a nuestra disposición. Estas tres dimensiones son: *martyria* (anuncio testimonial; la verdad), *leitourgia* (celebración litúrgica; la belleza) y *diakonia* (servicio ético; el bien). Cuando se rompe la unidad de estas dimensiones aparecen fundamentalismos ideológicos de la verdad separada del bien y de la belleza, activismos moralizantes del bien separado de la verdad y de la belleza, y esteticismos superficiales de la belleza separada del bien y de la verdad[8].

La fe tiene su sacramento. Sin el sacramento, la fe se queda desnuda y corre el peligro de secarse. Según Tertuliano, el sacramento o "sellado del bautismo" (*obsignatio baptismi*) es "como" (*quodammodo*) el "ropaje de la fe" (*vestimentum fidei*). Antes de la Resurrección de Cristo no hacía falta este ropaje: la fe desnuda de Abrahán era suficiente para alcanzar la salvación. Pero ahora la fe "se ha ampliado a su nacimiento, pasión y resurrección"[9]. Sin ropaje la fe se queda corta. El bautismo es como la "ampliación" de la fe: no de contenido ni de ideas (*lex credendi*) sino de forma y de calidad (*lex orandi*). La fe se hace más sensible y encarnada, por lo cual empieza a incluir y a afectar a nuestra corporalidad, a todo nuestro ser.

El sacramento sin fe se queda sin fruto. Gabino Uríbarri lo dice así: "La oferta salvífica de orden sacramental, que recubre toda la economía, requiere la respuesta de la fe (DV 5) para su apropiación y provecho por parte del hombre"[10]. Lo ilustra con el encuentro salvador entre la hemorroísa y Jesús: "Jesús trató con mucha gente, pero su humanidad no fue cauce efectivo de la salvación para todos. Solamente quien toca a Jesús con fe, como la hemorroísa (Mc 5,25-34), entra en contacto pleno y verdadero con Jesús, haciéndose capaz de recibir el don de la salud que mana de él". Sólo nuestra fe hace fructífera nuestra participación en los sacramentos. En Europa sobre todo, "los sacramentos han dejado de ser sacramentos de la fe, para ser ritos sociales que expresan otros elementos, pero no la fe"[11]. ¿Cómo recuperar el acceso a la fe? El sacramento muestra un camino, porque es su ropaje.

1.3 *Cómo inicia el sacramento*

El sacramento nos introduce en el misterio de un modo que ninguna otra realidad puede hacer. No es mágico porque la magia no existe fuera del engaño. El sacramento es más que celebrar un cumpleaños, aunque tenga mucho que ver con un tal "sacramento natural". Podríamos situar el sacramento entre estos dos extremos: por un lado, la magia;

---

8 Véase el sugerente desarrollo en **L. M. Chauvet**, *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana,* Herder: Barcelona 1991, 167-194 y 272-323.

9 **Tertuliano**, "Sobre el bautismo" (*De baptismo*), XIII,1 en *El bautismo, la oración*, Ciudad Nueva: Madrid 2006.

10 **G. Uríbarri**, "La ruptura entre la fe y los sacramentos en la iniciación cristiana: perplejidades y caminos", *Pastoral litúrgica* 360 (2018): 13-37, aquí 15.

11 *Ibid.*, 17.

por el otro, la celebración de un cumpleaños o de una boda –entendida como el banquete y los bailes, distinta de lo que se celebra *in sacramento* en la iglesia–. Estamos hablando de lo invisible, de misterios y de lo espiritual, lo que para muchos de nuestros contemporáneos ya es suficiente para no seguir leyendo. Para ellos especialmente es preciso apuntar a la *continuidad* que existe entre los sacramentos cristianos y los naturales. Esta continuidad siempre ha existido en las mejores corrientes teológicas de la historia (Hugo de San Víctor; Leonardo Boff). No obstante, recientemente también ha sido malinterpretada como dilución de lo "típico" de los sacramentos cristianos que mantienen ciertamente su *discontinuidad* con todo tipo de sacramento natural que se pudiera encontrar. Una discontinuidad que recibe su fuerza, según Joseph Ratzinger y siguiendo a Santo Tomás, del misterio pascual[12].

El sacramento es iniciático de un modo que San Agustín llamó *in sacramento*, en contraposición con *in memoriam*: la Pascua siempre se celebra *in sacramento* y la Navidad sólo *in memoriam*[13]. Porque, según él, la Navidad no celebra *nuestra* realidad, mientras que la Pascua es una celebración de *nuestra* resurrección. La Pascua nos involucra más; la Navidad sólo de modo derivado. San Agustín apunta aquí a la distinción entre celebrar y conmemorar. ¿Por qué he de pasar por esta "puerta" para ser miembro de Cristo? El sacramento hace más que conmemorar un evento y es más que un conjunto de ritos, reglas y rúbricas que hay que seguir al pie de la letra para conseguir el efecto deseado. El sacramento es principalmente un encuentro muy personal con el Señor que se celebra en comunidad y que se debe distinguir del encuentro místico que podemos tener en la oración o en la *lectio divina*.

1.4 *Sacramento, liturgia y vida*

El ámbito del sacramento es la liturgia. Jean Corbon la definió como el río que brota del seno de la Trinidad y en el cual nuestras celebraciones litúrgicas se insertan para volver al Padre[14]. Es una imagen hermosa porque es dinámica, trayendo agua siempre refrescante y siempre nueva. Además, es un don que no fabricamos nosotros sino que existe antes de nosotros y en el cual podemos participar. Por lo tanto, tenemos que tener claro quiénes son los principales actores de la liturgia y de los sacramentos, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero el río, que brota gratuitamente del corazón de la Trinidad, se desperdicia si no encuentra acogida en el corazón humano y eclesial: sólo entonces podrá volver este río de gracia, incorporándonos en el Espíritu y junto al Hijo, quien nos ofrece al Padre.

Seguramente todo esto suena demasiado elevado, místico, teológico y hasta abstracto para entenderlo del todo. ¿Cómo voy a poder explicarlo a quienes se inician en la vida cristiana? La sabiduría patrística nos dice: no se puede explicar; hay que vivirlo. Es la *vivencia* la que nos permitirá entenderlo. Quizá nuestro tiempo haya olvidado y perdido la capacidad de entender algo que no sea conceptual, que no sean ideas y datos encontrados en Internet. Tal vez nuestra vida se haya reducido en poco tiempo a lo que se puede almacenar en una nube virtual de palabras claras y distintas. Tan sólo ayer leí en una revista que hoy día, cuando se visita un museo, ya no se "contempla" una obra de arte que tal vez se pueda ver una sola vez en la vida, sino que se le hace un *selfie*, reduciendo la realidad a

[12] **J. Ratzinger**, "El fundamento sacramental de la existencia cristiana", en *Ser cristiano*, Sígueme: Salamanca 1967, 57-84.

[13] **San Agustín**, "Carta 55 (a Jenaro)" II,1,2: *Obras completas*, Vol. 69, BAC: Madrid 1986, 348.

[14] **J. Corbon**, *Liturgia fontal*, Palabra: Madrid 20092.

una pantalla que mantiene la realidad a distancia. Ya no se pisa el umbral de un museo como si se entrase en un mundo encantado. Se reduce lo que se ve a datos y ya no se disfruta, ya no se da el gozo de "sentir y gustar de las cosas internamente", como dijo San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales* [*Ej* 2]. Él sabía que sólo lo que nos afecta hondamente nos transforma y puede cambiar el mundo. A esto apunta precisamente la siguiente intuición.

2 El sacramento inicia en la dimensión *experiencial* de la fe

Uno entra en la Iglesia por una celebración, por una fiesta. Hay que marcar la puerta de la vida espiritual con un antes y un después: destaca de la vida ordinaria por la dimensión festiva y jubilosa. Es una fiesta ecuménica que tenemos en común todos los cristianos, todos los que tenemos el honor de llevar el nombre del Mesías, el Salvador. No el mérito, sino el honor. Somos ungidos en el Ungido, somos "cristos" en Cristo (ungido = Mesías en hebreo = Cristo en griego).

2.1 *Necesitamos tiempo...*

Para muchos, los que fuimos bautizados cuando éramos niños, recibimos el bautismo como un don de nuestros padres, igual que recibimos la vida como un don. El bautismo "significa su reconocimiento tanto del amenazador espacio maléfico al que no quieren entregar a sus hijos, como de la cobijadora comunidad de fe en la que quieren instalarlos"[15]. Es el ropaje de la fe comunitaria, "que la gracia de Dios alcanza la victoria también en beneficio de los recién nacidos y que éstos se hallan insertos en un entramado de relaciones interhumanas en las que se conoce y se reconoce la voluntad de Dios, en las que se opone resistencia a los poderes maléficos de condenación"[16]. Nuestros padres nos quisieron regalar lo mejor que tienen, es decir, lo mejor que ellos mismos han recibido: la vida en todas sus vertientes, corporal y espiritual.

Es un don que sólo gradualmente lograremos apreciar. Necesitamos tiempo; necesitamos padrinos que nos llevan de la mano para crecer y madurar en este don recibido y tan mal comprendido. Pero no pasa nada: Dios es paciente, Dios nos guía a través de gente benevolente, a nuestro ritmo, a nuestro paso. Una cosa es cierta: hay ciertas realidades que no lograremos entender nunca si nos mantenemos fuera, a la distancia falsamente segura del espectador. "No te quedes inmóvil al borde del camino", dijo el poeta. ¡Lánzate al agua!

2.2 *Catequesis bautismales y mistagógicas*

Es una verdad que entendieron perfectamente los primeros cristianos, razón por la cual desarrollaron sabiamente una iniciación cristiana antes y después de la celebración sacramental. Comúnmente se conocen las catequesis que se reciben antes del sacramento como las "catequesis bautismales" y las que se reciben después como las "catequesis mistagógicas". Se llaman "mistagógicas" para acentuar que, después de la celebración del sacramento, queda todavía un camino por recorrer hasta llegar a un entendimiento profundo y personal de los misterios celebrados. Se solía dedicar a este proceso mistagógico toda la Octava de Pascua. Célebres son las catequesis mistagógicas que el obispo San Cirilo predicó alrededor del año 350 a los neófitos –los recién bautizados– en la *Anástasis*, la capilla más alta de la basílica del Santo Sepulcro recién construida por Constantino entre los años 325-333, en el lugar mismo donde Cristo había resucitado. Antes de ser bautizados y crismados y par-

[15] **H. Vorgrimler**, *Teología de los sacramentos*, Herder: Barcelona 1989, 155.

[16] *Ibid.*, 154-155.

ticipar por primera vez en la mesa del Señor durante la vigilia pascual, el obispo les había predicado las catequesis bautismales durante toda la Cuaresma, celebradas en las partes de la basílica llamadas *Martyrium* y *Gólgota.*

Los templos entonces eran también lugares de catequesis y de iniciación. Esto se puede apreciar sobre todo en el baptisterio más antiguo que existe, el de la *domus ecclesiae* de Dura-Europos, del siglo III. Los frescos que todavía se conservan demuestran que, al pisar el umbral del baptisterio, uno entraba en un misterio o conjunto de misterios. Uno entraba en una fe desplegada en las paredes, una fe que existía antes, una fe compartida. Sólo el hecho de reservar una sala –de unos veinte metros cuadrados– para un sacramento que se celebraba una sola vez al año (en la vigilia pascual), y además decorarla de manera tan exuberante sugiere que este sacramento debió tener un peso mucho mayor en el día a día de los cristianos que lo que suele tener hoy.

Allí en esta sala se jugaba la identidad del cristiano. En sus paredes estaba dibujado quién era él, quién había llegado a ser por *morir y resucitar con Cristo* (Rm 6,13). En las paredes no leía unas verdades de fe, unas ideas, sino que leía su propia transformación ontológica, sólo y simplemente por haber "pasado por agua", por decirlo así. Tal vez toda una vida no fuera suficiente para entender a fondo estos misterios de la fe, celebrados cada vigilia pascual, confesados cada domingo, pintados en esas paredes en el siglo III y conservados hasta hoy. Igual que la fe se despliega en las paredes del baptisterio de Dura-Europos, así también ha de asentarse en la vida humana. Cada vez que los celebramos, los sacramentos nos inician en una manera estética y encarnada de celebrar nuestra fe.

2.3 *Volver sobre lo celebrado y aprendido*

Hay cosas que se pueden entender antes de la celebración, pero hay otras que sólo se entienden o se empiezan a entender una vez pasados por agua. Como dice T.S. Eliot en *Little Gidding*: "Y el fin de todas nuestras búsquedas/ Será llegar adonde comenzamos,/ Conocer el lugar por vez primera." Viajar ayuda a conocer el lugar donde comenzamos como si fuera por primera vez, porque se trata de un conocer despierto y más profundo. Así es la iniciación cristiana: pasar por experiencias, viajar espiritualmente para "llegar" de verdad adonde comenzamos y "re-conocer" donde estamos. Es muy a menudo mi experiencia en el aula: puedo repetir lo que sea con otras palabras, pero si no resuena algo de lo que digo en el corazón del alumno, se pierde. Y sólo puede resonar algo cuando se corresponde con una experiencia. Por esto lo importante es haber hecho esta experiencia y saber relacionarla con otras. Para esto hace falta afinar la sensibilidad, tarea en la cual pueden ayudar buenos guías. Es una sabiduría pedagógica: no todo se puede o se debe explicar. Porque hay cosas que hay que experimentar para que su "conocimiento sensible" se asiente en nuestra "carne", se encarne de verdad en nuestro día a día.

En principio, sólo eran unos adultos convencidos los que emprendían la iniciación. Hoy estamos lejos de tal situación modelo. Entonces todavía no se distinguía entre los tres sacramentos que llamamos comúnmente los sacramentos de iniciación. Era una celebración conjunta, muy eclesial y muy comunitaria, que se celebraba durante la fiesta más importante de los cristianos: la *Vigilia Pascual*. Esta vigilia sigue siendo nuestra referencia de la iniciación cristiana. No podríamos adecuadamente iniciar a nadie en la vida cristiana si no nos centrásemos en los misterios de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, tan prominentes en los frescos del baptisterio de Dura-Europos. Esta fiesta era tanto el culmen de un proceso iniciático y catequético como el inicio de una sabia profundización después de haber vivido algo *in sacramento*, aunque sin entenderlo del todo. Para esto se precisaba volver sobre lo experimentado.

Hoy en día esto suena contracultural; el postmoderno es alérgico a pararse y a mirar atrás. No aprendemos de la historia; ni siquiera la queremos conocer. Sólo miramos hacia adelante, queremos nuevas experiencias, siempre más. Nos hemos vuelto activistas, dijo Romano Guardini, y ya no sabemos contemplar[17]. En el proceso de sus *Ejercicios espirituales*, San Ignacio de Loyola invitaba a la "repetición" e incluso al "resumen" de todo lo que más haya afectado. Impresiona que más del cuarenta por ciento del material de los *Ejercicios* son repeticiones, es decir, no materia nueva. Ya entonces, en el umbral de la edad moderna, no era fácil pararse, "notando y haciendo pausa en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual" [*Ej* 62]. Sin embargo, sigue siendo muy urgente ser iniciados una y otra vez en aquella sabia "mirada en el retrovisor", para que la fe se enraíce en la experiencia.

3 El sacramento inicia en la dimensión *escatológica* de la fe

En el documento final del Sínodo de los Obispos sobre los Jóvenes, celebrado en octubre de 2018, se dice que a menudo "la iniciación cristiana se malinterpreta como un curso de instrucción religiosa que generalmente termina con el sacramento de la confirmación"[18]. Hace ya muchos decenios que venimos experimentando en Occidente que la confirmación también coincide con frecuencia con una despedida de la Iglesia. Nuestros procesos de iniciación cristiana no logran entonces introducir a los jóvenes "en la belleza de la experiencia de la fe"[19]. Parece que los adolescentes tienen necesidad de emanciparse de "la fe de sus padres" para que, supuestamente libres, "descubran el mundo" y ojalá, un día, vuelvan responsables, con gozo y de propia voluntad, a esta fe que dejaron a su suerte a mitad del camino, todavía inmadura, frágil y, tal vez, incipiente. Madurarán sin tocar su fe, olvidando sus semillas en los recovecos de su interioridad, hasta que –en el mejor de los casos– éstas despierten por una crisis o un trauma que les recuerde la fragilidad de la existencia.

Ahora bien, según Santo Tomás de Aquino existen siete etapas existenciales en la vida de un ser humano y, oportunamente, cada una se corresponde con la celebración de un sacramento: "La vida del espíritu tiene una cierta semejanza con la vida corporal, al igual que, en general, todas las cosas corporales tienen una semejanza con las espirituales" (ST III q65 a1). Hay una gran sabiduría en esta intuición, que no debería reducirse simplemente a atribuir la existencia de siete sacramentos a un mero origen antropológico. Los sacramentos no se deducen de la vida humana pero sí se adaptan totalmente a ella. Si el sacramento de verdad es un encuentro experiencial con Dios, entonces existe este encuentro privilegiado en cada "nudo existencial" de la vida humana. No solamente, pero también, en las crisis. Ahora bien, los tres sacramentos de la iniciación cristiana corresponden a tres "etapas" en la vida corporal: la generación, el crecimiento y la nutrición. Dice así:

> "El perfeccionamiento directo de la vida corporal tiene tres etapas. La primera es la generación, por la que el hombre comienza a ser y a vivir. Y a esta etapa corresponde en la vida espiritual el bautismo, que es una regeneración espiritual, según lo que se dice en Tt 3,5: *por el baño de la regeneración,*

17 Cf. **R. Guardini**, "La esencia de la obra de arte", en *Obras de Romano Guardini*, vol. I, Cristiandad: Madrid 1981, 308-331, aquí 323.

18 http://www.synod2018.va/content/synod2018/es/documentos/documento-final-del-sinodo-de-los-obispos-sobre-los-jovenes.html [consultado el 13 de febrero de 2019].

19 *Ibid.*

etc. La segunda etapa es el crecimiento, por el que uno llega a la plenitud de su estatura y de su fuerza. Y a esta etapa corresponde, en la vida del espíritu, la Confirmación, en la que se nos da el Espíritu Santo para robustecernos, por lo que Jesús dice a los discípulos ya bautizados, en Lc 24,49: *permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos con la virtud de lo alto.* La tercera es la nutrición, con la que el hombre conserva la vida y el vigor, y a ésta corresponde, en la vida espiritual, la Eucaristía, por lo que dice el Señor en Jn 6,54: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros*" (ST III q65 a1).

Lo llamativo no es sólo esta correspondencia entre la vida espiritual y la corporal sino el hecho de que estas tres etapas tienen un comienzo claro pero no parecen terminar nunca: *regeneración*, *crecimiento* y *nutrición*. La iniciación cristiana no se termina nunca. No significa que siempre estemos en los inicios, o tal vez sí. De los tres sacramentos, en este orden, sólo la Eucaristía es reiterable: hemos de nutrir nuestra vida espiritual constantemente, por lo cual tenemos acceso a la Eucaristía, que es "la fuente y el culmen de la vida cristiana" (LG 11).

Lo que más llama la atención es que el crecimiento espiritual tenga su sacramento. También el proceso del crecimiento espiritual es celebrado sacramentalmente; no se celebran unas etapas "fijas" y "estáticas" como si fueran cimas –ningún sacramento debería ser considerado como "hecho", "terminado"– sino que se celebra un *proceso* temporal y dinámico de maduración que nunca termina sino que sigue teniendo la necesidad constante de nutrición. Esta dimensión temporal –o mejor dicho *escatológica*, porque nos inserta en la historia de la salvación y nos abre al pasado desde el futuro, trayendo una promesa (*memoria futuri*)–, a la cual inicia el sacramento, nos lleva a la siguiente dimensión, la de la solidaridad eclesial.

4 El sacramento inicia en la dimensión *eclesial* de la fe

Todos los sacramentos son iniciáticos a su modo, porque todos celebran una transformación nuestra (*in sacramento*). Necesitamos una y otra vez ser iniciados en los misterios que celebramos y confesamos. La iniciación no se reserva a los que se preparan para la primera comunión o para la confirmación.

4.1 *"Ordo" de catecúmenos y de penitentes*

Otra de las sabias disposiciones de la primera era cristiana es la solidaridad que se vivía dentro del Cuerpo de Cristo. Existía una sólida conciencia de la necesidad de cuidar sobre todo a los miembros frágiles del Cuerpo, entre los cuales destacaban los penitentes (*ordo poenitentium*) y los catecúmenos (*ordo catecumenorum*). ¡Cuán significativo es aquí el término digno y oficial de *ordo*, como si representase un ministerio más dentro de la variedad de servicios sacerdotales del Cuerpo eclesial! Digo, y subrayo, "sacerdotales" porque estos servicios remiten al sacerdocio común o bautismal que, junto con el sacerdocio ministerial del orden, participan del único sacerdocio de Cristo (cf. LG 10).

La *Traditio apostólica*, por ejemplo, un texto del siglo III atribuido a San Hipólito de Roma, expone los diferentes carismas o servicios ministeriales presentes en la Iglesia, empezando por los obispos (*ordo episcoporum*), los presbíteros (*ordo presbyterorum*), los diáconos (*ordo diaconorum*), los confesores, las viudas, los lectores, las vírgenes, los subdiáconos, los curanderos y finalmente los catecúmenos. Ahora bien, ya en este texto antiquísimo existía la distinción entre la "ordenación" (*ordinatio* es la incorporación a un *ordo* que se celebra por una imposición de manos), reservada a los primeros tres carismas, y la "institución" para los demás, que no incluye

una imposición de manos[20]. En el siglo VII, San Isidoro de Sevilla (†636) habla de nueve órdenes, que enumera desde la puerta de la iglesia hasta el altar: "Clero es aquel que tiene un servicio en la Iglesia: portero, salmista, lector, exorcista, acólito, subdiácono, diácono, presbítero, obispo" (*Etym.* VII,12,3).

Aunque en esta última lista no figuran ni los penitentes ni los catecúmenos, este *excursus* acerca de la pluralidad de grupos y ministerios bien distinguidos dentro de la Iglesia nos puede hacer entender mejor el puesto central y la visibilidad que pueden tener el *ordo catecumenorum* y el *ordo poenitentium*. Visibilidad, porque representan a los miembros más frágiles y necesitados de la comunidad y son como un constante recuerdo de la necesidad que todos tenemos de poder contar con una comunidad que nos sabe valorar por lo que somos y crear el espacio que permite nuestro crecimiento y maduración.

En este sentido, Gérard Fourez propuso considerar la confirmación como "el sacramento de la comunidad eclesial a la escucha del Espíritu, que le es dado a cada uno de sus miembros, y en particular a los nuevos", porque sólo "cuando alguien descubre una comunidad que le toma en serio y le escucha, reconociendo en su palabra al Espíritu, entonces puede creer que éste está presente en él. Es gracias a la *escucha* de la comunidad como las personas son 'confirmadas' y transformadas"[21].

El *ordo poenitentium* ayuda a la Iglesia a reconocerse necesitada y siempre en camino: esto puede bien ser la misión "sacerdotal" de este *ordo*, en nombre de su sacerdocio bautismal ahora dañado por el pecado pero no perdido (porque el carácter sacramental no se pierde nunca). Igualmente el *ordo catecumenorum* ocupó un lugar central dentro de la Iglesia e hizo visible la constante necesidad de ser iniciados en los misterios que celebramos y confesamos. Los sacramentos –todos– nos pueden ayudar en este proceso de iniciación. Todos los sacramentos son así iniciáticos o mistagógicos.

4.2 *Cuando la fe es vulnerable*

Antiguamente, la comunidad se mostraba solidaria compartiendo con los catecúmenos el ayuno y la oración: una muestra de la humilde conciencia de formar un cuerpo frágil en peregrinación y en peligro de perder la fe si no se nutre constantemente. Tertuliano (†220) empieza su célebre tratado sobre el bautismo precisamente de este modo:

> "No será inútil este escrito sobre el sacramento de nuestra agua (*sacramento aquae nostrae*) –por la que, lavados los pecados de la ceguera anterior, somos liberados para la vida eterna–, pues servirá para instruir tanto a quienes en este momento se están formando, como a quienes, contentos con haber creído, sin haber examinado a fondo las razones de las verdades que le han sido trasmitidas, portan, igualmente, una fe vulnerable a causa de la ignorancia"[22].

[20] La detallada descripción de la ordenación episcopal, presbiteral y diaconal en este texto está en la base de nuestros ritos hoy. El caso del diácono es particular porque "no está ordenado para el sacerdocio" y "no forma parte del clero" (TA 8). Por lo tanto, el texto habla de la "institución" del diácono, aunque además recibe la "ordenación" de manos de sólo el obispo.

[21] **G. Fourez**, *Sacramentos y vida del hombre: Celebrar las tensiones y los gozos de la existencia*, Santander: Sal Terrae 1983, 113-115.

[22] **Tertuliano**, "Sobre el bautismo" (*De baptismo*), I,1. Compárense con la exhortación de San Paciano de Barcelona (†391) a toda la comunidad: "Nadie se figure que este sermón sobre la penitencia vaya dirigido tan sólo a los penitentes y, así, todo aquel que no lo es en ninguno de sus grados, desprecie cuanto aquí se diga como destinado a los demás; pues con esta especie de broche se enlaza toda la doctrina de la Iglesia; ya que los catecúmenos han de velar por no caer, los fieles por no reincidir; y los mismos penitentes han de trabajar para conseguir rápidamente el fruto del arrepentimiento",

No sólo es el primer escrito donde se emplea la palabra *sacramentum* para un rito litúrgico sino que también demuestra la necesidad de distinguir "nuestra agua" de lo que hacen las muchas sectas que no confiesan la misma fe. Lo que nos interesa aquí es el "contentos con haber creído, sin haber examinado a fondo las razones de las verdades que le han sido trasmitidas": son los bautizados cuya fe es vulnerable porque no han profundizado en su fe.

Muchos creyentes hoy han dejado de creer y han abandonado la Iglesia en un punto del proceso de maduración de la fe al cual no deberían volver: esta fe ha dejado de crecer conjuntamente con su vida natural. La fe se ha quedado atrás, en un punto inmaduro al cual no tiene sentido volver. La fe necesita crecer, madurar, profundizar e interiorizarse en la vida de la persona en la medida en que crece humanamente. La fe tiene sus etapas y su crecimiento. Por lo tanto, la "fe" por la cual muchos salieron de la Iglesia coincide en muy poco con la fe que profesan los creyentes que sí se mantuvieron dentro del ámbito eclesial. Esta "fe" que rechazaron los que dejaron la Iglesia también la rechazamos nosotros, porque no ha madurado y no ha echado raíces –estéticas, experienciales, escatológicas y eclesiales– en la vida que sigue su proceso de maduración. Tertuliano escribe tanto para los que se preparan para recibir por primera vez el bautismo como para los bautizados que no profundizan en su fe, que no se inician continuamente en los misterios que confiesan y celebran, que no se nutren constantemente a la Eucaristía para hacerse "partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente", como dijo Benedicto XVI. Si no se celebra, la frágil planta de la fe no echa raíces y se seca bajo el calor del sol (cf. Mc 4,6).

5 Conclusión

A modo de conclusión, debemos partir de la constatación que "la posmodernidad líquida deja al individuo muy desprovisto de apoyo social. [...] El elemento simbólico-religioso (sacramental) posee una enorme capacidad para generar identidad y pertenencia; proporcionar una escatología, una finalidad; organizar el cosmos; orientar las decisiones y opciones personales"[23]. Desde la rica tradición de la Iglesia he destilado cuatro vertientes de la dimensión mistagógica del sacramento, de cómo introduce en el misterio confesado y celebrado.

De tal modo, quise destacar la dimensión iniciática inherente a toda celebración sacramental, que nos inicia en la dimensión *estética* de la liturgia, asentando y encarnando la fe en nuestra existencia; en la dimensión *experiencial* de la fe, haciéndonos vivir del misterio antes de comprenderlo del todo; en la dimensión *temporal* de la historia salvífica abierta por el misterio pascual; y en la dimensión *espacial* del ámbito de una comunidad eclesial solidaria que toma en serio el frágil proceso de la maduración y del crecimiento espirituales. No deja de ser relevante que son sobre todo estas cuatro dimensiones las que suelen subrayar aquellos que participan en encuentros como las JMJ: lo estético, lo experiencial, lo extraordinario-festivo y lo comunitario[24].

BERT DAELEMANS, SJ

Paraenesis ad poenitentiam 2,2-12,6. Asimismo, según el *Sacramentario gelasiano*, compilado en Roma en el siglo VII, el día de Jueves Santo el obispo empezaba la oración de readmisión de los penitentes diciendo: "Atiende, Señor, a nuestras súplicas, escúchame, aunque sea yo el primero que tengo necesidad de indulgencia. Escucha al que tú señalaste como ministro de esta obra de renovación, no por sus méritos, sino por un don de tu gracia".

[23] **Uríbarri**, 18.

[24] Quisiera expresar mi gratitud a Adelaida Gil Martínez por su valiosa revisión del castellano.

En el camino de la fe

14 €

11 €

14 €

DIOS SALVA EDUCANDO
Juan José Bartolomé

CATEQUISTAS: TESTIGOS Y PEDAGOGOS
Al servicio de la pedagogía divina
Juan Carlos Carvajal

CATECUMENADO DE CONFIRMACIÓN
Recurso para la pastoral de los adolescentes
Luciano Meddi

20 €

18,50 €

ITINERARIO CATECUMENAL CON ADULTOS
Subsidio de acompañamiento para pensar y vivir como cristianos
Andrea Fontana

ITINERARIO PARA LA CONFIRMACIÓN DE ADULTOS
Salvatore Muratore

¿QUIÉN ES JESÚS?
Una aproximación cultural
Françoise Ladouès

PEDRO, PABLO, SANTIAGO Y LOS DEMÁS
Tras las huellas de los primeros seguidores de Jesucristo
Françoise Ladouès

CÓMO HABLAR DE DIOS HOY
Algunos cambios necesarios
Domingo J. Montero

14,20 €

13,70 €

9 €

EDITORIAL CCS 75
www.editorialccs.com
facebook.com/EditorialCCS
@EditorialCCS
Calle Alcalá 166. 28028 Madrid 91 725 20 00 sei@editorialccs.com